

Pero, poco á poco ha ido bajando el salario; para el obrero de cuatro francos á cuarenta sueldos, despues á treinta y cinco, mas tarde á treinta, luego á veinticinco, en fin, en la época á que hemos llegado, el tejedor de telas lisas ganaba diez y ocho sueldos al dia por un trabajo de diez y ocho horas.

De aquí viene la imposibilidad de poder vivir.

Cuando estos desgraciados vieron que despues de diez y ocho horas de trabajo, tenían hambre ellos y sus familias, se elevó de la Cruz-Roja, es decir, de la ciudad obrera, un gran sollozo compuesto de las quejas de cien mil personas que sufrían.

Este doloroso lamento hirió á la vez, pero de una manera muy diferente, á los dos hombres que mandaban en Lyon!

A M. Bouvier-Dumolard, prefecto;

Al general Roguet, comandante militar.

Entraba en las funciones civiles del primero quejarse de esta miseria, tanto mas terrible, cuanto que cada dia aumentaba, sin que se conociese ningun medio de hacerla cesar.

El segundo, bueno y valiente soldado, extraño á todas estas cuestiones sociales aun no resueltas, no veía en una queja cualquiera sino una infracción á la disciplina; y, á su modo de ver, cualquiera infracción, bien fuese respecto de la disciplina militar ó civil, merecía un castigo.

Los obreros querían una tarifa.

El general Roguet reunió á los prohombres para obtener de ellos una medida de compresion; pero estos por el contrario, á instigacion de M. Dumolard, discutieron la tarifa pedida, y dieron una especie de ordenanza concebida en estos términos:

“Considerando que es publicamente notorio que muchos fabricantes pagan realmente las labores á un precio muy bajo, es útil que se fije una tarifa al *minimum* para los precios de estas mismas labores.”

Las bases de esta tarifa debían discurrirse contradictoriamente entre veintidos obreros, de los cuales doce eran delegados por sus camaradas, y veintidos fabricantes designados por el tribunal de comercio.

Por consiguiente, se reunieron el 21 de Octubre en el hotel de la prefectura.

Pero los fabricantes menos solícitos que los obreros, porque el aumento á estos debía convertirse en pérdida para ellos, declararon que siendo nombrados de oficio, no podían comprometer á sus cofrades.

Por consiguiente, decidióse que se reuniesen los fabricantes para que nombraran sus apoderados.

Aun estaba emplazada la tarifa.

Entretanto los obreros se morían de hambre.

Se fijó la tercera reunión para el 28 de Octubre.

La vida ó la muerte de cuarenta mil desgraciados iba á discutirse en esta junta.

También hemos visto despues una cosa semejante; pero ahora este espectáculo era desconocido; también se vió hacia las diez de la mañana bajar toda esa multitud de desgraciados, que venía á esperar su sentencia en la plaza pública.

Por lo demás, entre estos treinta mil suplicantes uo había una arma; un ruego comun, he aquí todo.

Y sin embargo, M. Bouvier-Dumolard se espantó: una masa, aunque sea suplicante, siempre espanta; se comprende que treinta mil hombres que suplican podrían mandar.

El prefecto se les acercó.

—Amigos míos, les dijo, si permanecéis aquí, se creará que la tarifa se ha impuesto por violencia: retiraos para que la deliberacion sea libre; los treinta mil obreros gritaron á una voz: ¡viva el prefecto! y se retiraron.

La tarifa quedó firmada por ambas partes.

Se les habían aumentado tres ó cuatro sueldos, ¡tres ó cuatro sueldos eran la vida de dos niños!

Los obreros gozosos iluminaron sus pobres ventanas, y mucho antes de la dichosa noche se les oyó cantar y bailar.

Esta alegría era muy inocente, y sin embargo pareció un insulto á los fabricantes.

Algunos rehusaron cumplir con la tarifa.

El consejo de los prohombres los condenó.

El 10 de Noviembre se reunieron ciento cuatro fabricantes y protestaron contra la tarifa. No estaban obligados, decían, á ayudar á los obreros que se habian creado necesidades ficticias.

Necesidades ficticias con diez y ocho sueldos por día: los Sybaritas!

Esta reunion de los fabricantes, esta protesta contra las cosas decretadas, una carta del prefecto que decia que la tarifa no era obligatoria sino facultativa, espantaron á los obreros, que comenzaron á juntarse, y que, viendo que llamaban inutilmente á los prohombres, y que estos á su vez comenzaban á no mirar la tarifa como obligatoria, resolvieron no trabajar y pasearse por la ciudad, suplicantes y desarmados.

Al paso que los obreros se humillaban mas, los fabricantes se hacian mas insolentes.

Por su parte, el general Roguet, cuyo mal humor se exaltaba en suma la salud hizo fijar en las esquinas la ley contra los corrillos.

La tropa de línea recibió la orden de permanecer en los cuarteles.

El 20 de Noviembre, con pretexto de la recepcion del general Ordonneau, hubo una revista en la plaza de Belle-cour.

Era una amenaza; desgraciadamente aquellos á quienes se amenazaba iban perdiendo la paciencia.

El lunes 21 de Noviembre, se juntaron cuatrocientos trabajadores en la Cruz-Roja.

Traian á sus síndicos á la cabeza, y estaban armados de palos solamente.

Su objeto era ir de taller en taller y decidir á sus camaradas á no trabajar hasta que se adoptase la tarifa.

Sesenta guardias nacionales que estaban de patrulla, se presentaron de repente por el otro lado de la calle.

Traian órdenes ó cedieron á su natural belicoso, el caso es que esclamaron:

—Amigos, barramos con esta canalla.

Y avanzaron á la bayoneta.

En un volver de ojos fueron desarmados los sesenta guardias nacionales, y los obreros siguieron su paseo pacífico.

Marchó contra ellos una columna de guardias nacionales, hizo fuego y cayeron ocho obreros muertos, ó heridos mortalmente.

Habia corrido la sangre: en lo de adelante habria una guerra de esterminio.

Ya se sabe: cuando se bate el pueblo por un principio, es muy diferente de cuando se bate por el pan.

Por la tarde los cuarenta mil obreros estaban armados y marchaban bajo unas banderas en que estaban inscritas estas palabras; la mas sombría divisa que haya jamas levantado la guerra civil:

VIVIR TRABAJANDO Ó MORIR COMBATIENDO.

Durante toda la noche del 21 y el día 22 creció la lucha.

A las siete de la noche todo habia concluido, y la tropa batia en retirada ante el pueblo vencedor en todos los puntos.

A las doce de la noche el general Roguet, que habia necesitado que lo montasen en un caballo, en el que lo agitaba la fiebre, salió de la ciudad donde le era imposible permanecer mas tiempo.

Dos horas despues el prefecto y los miembros de la municipalidad lyonense, se retiraron á su turno, y se volvian al



hotel de la prefectura, donde firmaron la siguiente declaracion:

“Hoy, 23 de Noviembre de 1831, á las dos de la mañana:

“Los abajo firmados, reunidos en el hotel de la prefectura, declaramos y certificamos los hechos siguientes:

1.º “Que á consecuencia de los funestos acontecimientos que se han verificado en la ciudad en los dias 21 y 22 de este mes, todas las fuerzas militares de todas las armas, las de la gendarmería y la guardia nacional, bajo el mando del general conde Roguet, se han visto precisadas, para evitar la efusion de sangre y los horrores de la guerra civil, á evacuar en dos horas el Hotel-de-Ville, el arsenal y la fábrica de pólvora, posiciones que ocupaban aun, y á retirarse fuera de la ciudad por el arrabal de Saint-Clair.

2.º “Que los abajo nombrados, hemos sido obligados igualmente á dejar ocupar el puesto del Hotel-de-Ville por las tropas de la insurreccion que eran dueñas de todos los puntos.

3.º “Que en este momento reina la desorganizacion mas completa en la ciudad, que la insurreccion domina todos los poderes y que las leyes y los magistrados no tienen fuerza.

“Hecho en el hotel de la prefectura, á la hora, dia y año dichos.

“Firmado: Dumolard, Roinet, E. Gauthier, Duplan.”

Pero sucedió lo que sucede siempre al pueblo en sus primeras victorias; vencedor se espanta con su triunfo, y busca á quien entregar el arma que ha conquistado.

El pueblo amaba á su prefecto y se volvió á él.

M. Dumolard quedó mas poderoso despues de la victoria del pueblo de lo que antes era.

El 3 de Diciembre á las doce del dia, el príncipe real, seguido del mariscal Soult, volvia á tomar posesion de la ciu-

dad de Lyon, entraudo en ella tambor batiente y mecha encendida.

Fueron desarmados los obreros, la guardia nacional licenciada, y la ciudad de Lyon declarada en estado de sitio.

En cuanto á M. Dumolard que habia salvado la ciudad, fué destituido, y apesar de estar enfermo, se le ordenó que saliese de Lyon, *aunque no fuese mas que á distancia de dos leguas*, y esperase allí á estar mas aliviado.

Los desgraciados obreros volvieron á caer, para hacer frente á sus necesidades y á las necesidades ficticias que se habian creado, con diez y ocho sueldos por dia.

Que hacia el rey durante este tiempo?

Preparaba una nota en la cual pedia á la cámara diez y ocho millones de lista civil, ciento cincuenta mil francos al mes, cincuenta mil al dia.

Sin contar cinco millones de renta de su fortuna particular, y dos ó tres millones de provechos en las empresas industriales.

Pero se alegraran mucho en la corte cuando supieron que la revolucion no tenia nada de política, y que los obreros no se habian insurreccionado sino porque se morian de hambre.

Y la cámara? oh! la cámara, esto estuvo mejor aun: á mocion de M. Agustin Giraud, presentó al rey un discurso concebido en estos términos:

“Sire,

“Hemos visto con reconocimiento, al mismo tiempo que con dolor, las comunicaciones francas y completas que nos han traído los ministros de V. M., sobre las turbulencias que han presentado en la ciudad de Lyon; aplaudimos el patriótico arrojo que ha conducido al príncipe, vuestro hijo, á presentarse en medio de los franceses cuya sangre corria, para contener su efusion. Nos apresuramos á esponer á V. M. el voto unánime de los diputados de la Francia, para que su

gobierno oponga á estos deplorables éscesos todo el rigor de las leyes.

“La seguridad de las personas ha sido atacada violentamente; se ha amenazado la propiedad en su principio; la libertad de la industria se ha visto amenazada de muerte; no se ha escuchado á los magistrados: es preciso que estos desórdenes cesen prontamente, es preciso que se repriman energicamente estos atentados: la Francia entera está herida con este golpe dirigido á los derechos de todos en las personas de algunos ciudadanos á los que se les debe proteccion. Las medidas tomadas por el gobierno de V. M. nos hacen confiar en que la vuelta del orden no se hará esperar mucho; la firme union de los guardias nacionales y de las tropas de línea tranquiliza á todos los buenos ciudadanos. V. M. puede contar con la armonía de los poderes. Nos consideramos dichosos, Sire, al ofreceros en nombre de la Francia, sus diputados que coadyuvaron para restablecer la paz en cualquier parte donde se halle turbada, reprimir los gérmenes de anarquía, afirmar los sanos principios sobre los que descansa la existencia misma de la nacion, sostener la obra gloriosa de la revolucion de Julio y asegurar por todas partes la fuerza y la justicia á la ley.”

La cámara de los pares dirigió un discurso casi semejante; y apoyado en la armonía de los dos poderes, Luis Felipe entró con valor en el año de 1832, que le traía la guerra de la Vendée y la insurreccion de Junio.

CAPÍTULO II.

Lo hemos dicho, el negocio que mas preocupaba á Luis Felipe en esa época, era el de la lista civil.

Desde el tiempo de M. Laffitte habia presentado á la comision una nota que trataba de hacer llegar esta lista civil á diez y ocho millones; pero la comision se asustó tanto con esta cifra, que convino que, para paralizar el mal efecto que habia producido, el rey escribiera al banquero-ministro una carta confidencial en la que achacaria esta exorbitante pretension al cuidado de cortesanos solícitos, que habian traspasado los deseos del rey.

La carta *confidencial* fué *confidencialmente* enseñada á la comision, y el mal efecto producido por la peticion se borró con esta comunicacion.

Pero ya dada la ley sobre la dignidad de par, pero ya comprimido Lyon, pero ya Luis Felipe declarado bien y debidamente rey de la clase media, mirado como necesario á la salud del Estado, y á la tranquilidad de la Francia, no titubeó en pedir los diez y ocho millones que se le habian escapado la primera vez.

Luis Felipe pedia treinta y siete veces mas de lo que habia pedido Bonaparte, primer cónsul, despues de sus dos magníficas campañas de Italia y su campaña de Egipto; y